



**Catequesis pronunciada por el Emmo. Sr. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana, en la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud.**

**Río de Janeiro, Brasil,  
25 de julio de 2013.**

**Segunda catequesis:**

### **“Ser discípulos de Cristo”**

El cristianismo no es una filosofía, una espiritualidad o una moral. Es un estilo de vida que parte de la relación con Cristo. Jesús nos llama a convertirnos en sus discípulos tal como en el Evangelio; desde el inicio llamó a tantas personas a que lo siguieran. “No son ustedes los que me han elegido a mí, soy yo quien los ha elegido y los he destinado para que vayan y den frutos” (Jn 15,16). Somos el Pueblo de Dios, pertenecemos a Cristo que nos ha elegido y nos ha rescatado a un alto precio con su sangre (cfr. 1Pe 1, 18-19).

“Un discípulo es, de hecho, una persona que se pone a la escucha de la palabra de Jesús (cf. Lc 10,39), al que se reconoce como el buen Maestro que nos ha amado hasta dar la vida. Por ello, se trata de que cada uno de vosotros se deje plasmar cada día por la Palabra de Dios; ésta los hará amigos del Señor Jesucristo, capaces de incorporar a otros jóvenes en esta amistad con él”<sup>1</sup>.

Hemos dicho que ser discípulo no es ponerse voluntariamente a la escucha de Jesús, no es como hacerse alumno de su escuela. Por lo tanto, lo primero que debe descubrir alguien que quiere seguir a Jesús es que Jesús es quien lo llama. El discípulo es invitado, convocado incluso por Jesús. Y comienza a ser discípulo cuando responde al llamado, cuando comienza a hacer camino con El.

Juan describe la vocación de los primeros discípulos según su estilo, que no es el de narrar las cosas desde fuera, como un cronista, sino desde dentro, como entrando en el corazón de cada uno de los que se encuentran con Jesús y mostrándonos, por palabras que tienen una gran carga significativa, lo bello y profundo que resulta el encuentro con Cristo. Como siempre, a través de su lenguaje simbólico, Juan nos hace participar de la escena: nosotros nos sentimos llamados por Jesús. Oyendo el relato evangélico o leyéndolo nos damos cuenta de que también a nosotros nos llama Jesús y se dispone mejor nuestro mundo interior para responderle, para ponernos en movimiento.

*“En aquel tiempo estaba Juan (el Bautista), con dos de sus discípulos y fijándose en Jesús que pasaba, dijo: Este es el Cordero de Dios.*

---

<sup>1</sup> Mensaje de Su Santidad el Papa Benedicto XVI para la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud, 18 de octubre de 2012.

*Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y, al ver que los seguían, les preguntó: ¿Qué buscan?*

*Ellos le contestaron: - Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?*

*El les dijo: - Vengan y lo verán. Entonces fueron, vieron donde vivía y se quedaron con El aquel día; serían las cuatro de la tarde.*

*Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encontró primero a su hermano Simón y le dijo: - Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo). Y lo llevó a Jesús.*

*Jesús se le quedó mirando y le dijo: - Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Kefas (que significa piedra, Pedro).*

*En aquel tiempo determinó Jesús salir para Galilea; encuentra a Felipe y le dice: - Sígueme. Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encuentra a Natanael y le dice: - Aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y los Profetas lo hemos encontrado: a Jesús, hijo de José, de Nazaret. Natanael le replicó: -¿De Nazaret puede salir algo bueno? Felipe le contestó: -Ven y verás. Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: -Ahí tienen a un israelita de verdad, en quien no hay engaño. Natanael le contesta: -¿De dónde me conoces? Jesús le responde: -Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Natanael respondió: -Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel. Jesús le contestó: -¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores. Y le añadió: Yo les aseguro: “verán el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre”, (Jn 1, 35-51).*

Veamos en detalle cómo cuenta Juan el encuentro:

Jesús pasaba cerca del río Jordán donde estaba Juan Bautista bautizando. El Bautista vio pasar a Jesús y dijo: He ahí al Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo. “Los dos discípulos lo oyeron... y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y viendo que lo seguían, les preguntó: ¿Qué buscan? Ellos contestaron: Rabí, (que quiere decir Maestro), ¿dónde vives?” (1, 38). Este relato, que es contado como un hecho común, tiene una gran fuerza significativa. En el Evangelio de Juan las primeras palabras que dice Jesús son: ¿qué buscan? El Hijo de Dios vino a nosotros y nos pregunta a los seres humanos, ante todo, qué buscamos en nuestra vida, qué queremos; en griego está escrita de este modo directo la pregunta: ¿qué buscas tú? Esta es la primera palabra que Jesús pronuncia ante el que quiere ser su discípulo: “¿Qué quieres hacer con tu vida? ¿Cuál es tu anhelo más profundo?”. Si quiero seguir a Jesús, si quiero entregarme a Él, ello no es lo mismo que aprender de un maestro una enseñanza, aunque ésta fuera extraordinaria y sublime. Por eso los discípulos responden con otra pregunta, que no es ¿cuándo podemos oír tus enseñanzas o dónde explicas tu doctrina?, sino “Rabí ¿Tú dónde vives?” Como se trata de entregarse a Jesús la cuestión es encontrarlo en su medio, en su casa. Se trata de un diálogo existencial no intelectual, es más que un deseo de conocer, de escuchar su mensaje; es un deseo de estar con El, de compartir con Jesús, de habitar en su morada. Y Jesús nos invita entonces a su casa: “Vengan y verán”. Uno llega a tener intimidad con alguien cuando lo visita en su casa. Para Jesús no se trata de una casa común de esta tierra a la que nos invita, sino de la morada de Dios. Recordemos que “la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros”. En Jesús, Dios ha levantado su tienda entre nosotros. Estar con Jesús es, pues, habitar en la casa de Dios. A esto invita Jesús a los discípulos que le preguntan “¿dónde vives?”, diciéndoles: “Vengan y vean” (1, 39). No basta escuchar lo que cuentan acerca de El, ser

discípulo significa tener una experiencia propia, personal de Jesús. El aspecto místico del evangelio de Juan está aquí muy presente: ver a Jesús, contemplar a Jesús, es el modo de saber quién es El, lo que significa Jesús en su venida al mundo para todos y para mí. Mirar es algo que debe hacer cada uno y que no se puede encargar a otro, sólo así vemos a Jesús y en El al mismo Dios; entonces entramos en intimidad con El (entramos en su casa). Así nos hacemos discípulos. No hay discipulado sin intimidad con Jesús.

El momento de aquel encuentro queda grabado en la mente de Juan, porque él es uno de los que llegó hasta Jesús, el otro es señalado por su nombre: Andrés. Sería la hora décima. El día se dividía en horas que comenzaban a contarse al amanecer. La una serían las seis de la mañana de nuestro reloj, las seis serían las doce del día, (el medio día), y las diez eran las cuatro de la tarde: la hora décima. Pero no sólo era inolvidable la hora por el encuentro con Jesús, sino porque el número diez para Juan es un símbolo. El diez es lo que nosotros llamamos un número redondo. En la mentalidad cabalística de los hebreos los números tienen siempre un sentido simbólico, el diez es el número de la plenitud, de la plenitud humana, de la totalidad y del cumplimiento. Llegar a ser discípulo es llegar a ser hombre en plenitud, es ser introducido en el misterio de la plenitud humana.

El otro discípulo, Andrés, conduce a su hermano Simón hasta Jesús. Y Jesús desde el primer encuentro le llama Kefas (que significa “piedra”); desde el primer momento Pedro fue llamado para ser roca para los demás, para sostener a los demás con su fe. Hay otro discípulo, Felipe, a quien Jesús ve después y le dice Sígueme. Felipe fue a buscar a Natanael y lo llevó a Jesús. Natanael no aparece más en el evangelio, ni integró el grupo de los doce. Juan lo nombra porque es parte de esa trama en la cual unos discípulos van llevando a otros: Andrés a Pedro, Felipe a Natanael y además porque Jesús, cuando él se acerca le dice que ahí llega un israelita de cuerpo entero. Juan, que después en el evangelio deja tan mal parados a los judíos que no aceptaron a Jesús, quiso mencionar a éste, elogiado por Jesús, para decirnos: no son malos todos los del pueblo israelita. Este israelita, este judío sin falsedad, se siente observado por Jesús que le dice que lo vió desde que estaba debajo de la higuera, lugar adonde la vista de Jesús no alcanzaba. Jesús revela al referirse a Natanael, que El conoce al hombre, que no fue necesario que nadie le contara nada sobre él. Jesús conoce a cada uno y ve en el fondo de nuestros corazones, es lo que nos quiere decir San Juan.

Este conocimiento de Jesús impresiona a Natanael, que exclama: “Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel”. Con esta confesión de Natanael el encuentro con los discípulos llega a su clímax. El que es un verdadero israelita, como si hablara en nombre de todo el pueblo elegido, completa la presentación de Jesús llamándolo Rabí (Maestro), Rey de Israel, Hijo de Dios. Natanael es un símbolo de todo judío que acepta a Jesús y de todo cristiano que cree en El. Fijémonos en el arte de escribir de San Juan; lo hace en dos planos distintos: informando los sucesos históricos y llevando al lector a recorrer el camino de los discípulos que van avanzando hasta llegar a reconocer en Jesús al enviado de Dios.

Recordemos que los dos discípulos que siguieron primero a Jesús fueron Andrés y Juan, que estaban con el Bautista y al pasar Jesús vieron que él lo señaló como el Cordero de Dios. Cuando Andrés invita a Pedro para que conozca a Jesús, le dice “hemos encontrado al Mesías”. Los discípulos reconocen, pues, en Jesús al Cordero de Dios, al Rabí (o sea al Maestro), al Mesías, al Hijo de Dios y Rey de Israel. Y cuando Natanael le da estos títulos Jesús le responde: “cosas más grandes verán, verán a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre”.

Este es el último título, el que Jesús añade y el que El emplea casi siempre para referirse a sí mismo: Hijo del Hombre. Y así nosotros, los lectores somos introducidos por Juan en el misterio de Jesús: El es todo lo que expresan esos títulos. Pero además, en El los cielos permanecen abiertos. Jesús es el lazo que une el cielo con la tierra. En El vemos a Dios.

Juan quiere que nosotros leamos el evangelio en la clave de los ángeles que bajan del cielo y suben a él. No quiere que nuestra mirada sobre Jesús sea horizontal; sería el maestro que nos muestra el sendero correcto para un creyente. Jesús es más que eso: entramos en su casa, en su intimidad, lo sabemos Hijo del Hombre, e Hijo de Dios, vemos el cielo abierto sobre El y nuestra mirada adquiere una calidad totalmente nueva, porque Jesús nos abre los cielos y nos introduce en el misterio de Dios. Viviremos en el mundo, pero con una visión sobrenatural del mundo, no es un mundo con el cielo cerrado sobre él. Se iniciará nuestro diálogo de amigos con Jesús, lo contemplaremos y escucharemos silenciosamente en nuestra oración. Eso y no otra cosa es la espiritualidad del discípulo.

Juan nos cuenta cómo los discípulos reconocen a Jesús gradualmente y cada vez más en profundidad. Comprendemos así el valor de los títulos con los que los discípulos van designando a Jesús. En el relato leído se describe también nuestro propio discipulado. Nos damos cuenta de cómo nosotros también llegamos a la fe, cuántas cosas y personas intervinieron para que nuestro corazón se abriera al Salvador. Los discípulos primeros de Jesús son símbolos de nosotros, que descubrimos en ellos lo que significa ser seguidor de Jesucristo. Por medio de la vocación gradual de los discípulos Juan describe “el proceso de iniciación del proceso cristiano de la redención” (Sanford).

Los discípulos tienen experiencias que nosotros también hemos tenido en nuestro personal desarrollo espiritual. Juan, con su arte de escribir, nos hace identificarnos con uno u otro de los discípulos.

Lo primero que salta a la vista es que los discípulos son conducidos hacia Jesús gracias a un mediador. Juan nos está diciendo: nosotros necesitamos un mediador que nos lleve a Jesús, necesitamos de los demás para encontrarlo. (Juan el Bautista: Andrés y Juan; Andrés: Pedro y Natanael).

Hay cuatro palabras centrales en el relato de Juan: buscar y encontrar, llegar y ver.

En estas cuatro palabras consiste el discipulado.

Para buscar a Jesús debemos seguir la pista de nuestra mirada y detener por fin nuestros ojos ante quien toca nuestro corazón. Si buscamos encontraremos. Debemos ser siempre buscadores, no buscadores superficiales capaces de encontrar mucha pedrería falsa, sino profundos, como el hombre que cava en su campo y encuentra una perla de gran valor. Así llegamos a Jesús.

Pero una vez que hemos llegado a Jesús, debemos acercarnos a Él para ver cómo Él es en realidad. Ver pertenece al aspecto místico de nuestro ser cristiano. El cristiano se acerca a Jesús para ver, para contemplar. Juan nos cuenta cómo a aquellos discípulos recién llegados Jesús les hará levantar la mirada más allá de lo que están viendo ahora al contemplarlo a Él, y les dice que “verán los cielos abiertos y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre”. Jesús los remite a aquella escala del sueño de Jacob que caía desde el cielo y por la cual subían y bajaban los ángeles.

Lo que antiguamente contempló Jacob se cumple plenamente en Cristo. En Jesús se abre el cielo sobre nuestra vida. Y así nosotros, junto con los primeros discípulos, podemos percibir la unión entre el cielo y la tierra, entre lo humano y lo divino que se da en Cristo

Jesús. El ver llega a penetrar el misterio de Cristo, a descubrir desde el primer encuentro que El es hombre y Dios, que allí hay uno que es más que un Profeta.

Seguir a Jesús es un camino de conversión que implica todos los aspectos de nuestra vida; las relaciones con los demás, la pareja y la familia, los estudios y el trabajo, la gestión de los bienes, etc. es un camino que nos lleva a la salvación. Este camino comienza reconociendo nuestros pecados y recibiendo el perdón en el sacramento de la Reconciliación. En los sacramentos, Cristo nos regala la gracia de seguirle y poner en práctica su palabra.

La Cruz forma parte de nuestro camino y es una gracia “Jesús en la cruz siente todo el peso del mal, y con la fuerza del amor de Dios lo vence, lo derrota en su resurrección. Este es el bien que Jesús nos hace a todos en el trono de la cruz. La cruz de Cristo, abrazada por el amor, nunca conduce a la tristeza, sino a la alegría, a la alegría de ser salvados”<sup>2</sup>.

El camino del discípulo pasa siempre por la Cruz. Pero no olvidemos que pasamos con Cristo y por tanto nuestro tránsito es por la cruz y la muerte a la resurrección y la vida.

*-Servicio de noticias-*

*Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2013©*

**Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original**

---

<sup>2</sup> *Homilía pronunciada por Su Santidad el Papa Francisco el Domingo de Ramos, 24 de marzo de 2013.*